

Razas humanas

¿Un concepto genérico, o simplemente ético?

Sergio López Borgoñoz

En el *Skeptical Inquirer* más reciente que me ha llegado (marzo-abril 2016) hay un artículo que me ha llamado la atención, pues desconozco totalmente si el concepto de *raza* es un mito o tiene algún significado concreto.

Yo tenía entendido que, efectivamente, se trataba de un concepto erróneo, pero tampoco podría argumentarlo mucho más allá; justo lo suficiente para dejar clara mi postura antirracista. Las razas humanas no existen, pensaba; todos procedemos de África y, en el transcurso de la historia, he-

mos viajado por el globo adaptándonos a las peculiaridades de las zonas (por el clima, primordialmente) que nos han conformado con las diferencias apreciables a simple vista.

El principio del artículo proporciona argumentos en contra de la existencia de este concepto de *raza*, desde que el antropólogo Ashley Montagu declarara ya en 1942 que este es «el mito más peligroso del hombre», y que Craig Venter demostrara en 2000 que tampoco tiene ninguna base genética.

Lo cual me satisface, porque valida mis argumentos. Lo

Mosaico de la diversidad humana. Museo Nacional de Antropología de México. (Foto: Wikimedia Commons)



que yo no sabía es que, sin embargo, hay científicos que aún persisten en ello. Nicholas Wade, a quien no se le puede acusar de racista, y él mismo condena la idea expresamente, encuentra claros argumentos a favor de la existencia de las razas (o subespecies, que para este caso sirve igual); Wade sabe perfectamente que la gran mayoría de antropólogos o genetistas lo niegan.

Al margen de las pruebas más o menos elaboradas que encuentra y somete al escrutinio científico, los científicos se encuentran según él en una encrucijada, padeciendo un cuadro agudo de corrección política o paternalismo. Se trataría de una proposición absolutamente inabordable, ya que su mera propuesta obligaría a establecer comparaciones y a comprobar qué porcentaje de diferencias corresponde a la cultura, y cuánto a la genética (diferencias estas últimas que encuentra sumamente improbables, por otra parte).

Los límites éticos de la ciencia

Y este es el punto donde yo quería llegar; porque, ¿se está impidiendo (formal o informalmente) la investigación en ciertas áreas por «temor» a que aparezcan indicios que confirmen la «superioridad» intelectual media de una raza sobre otra? Pero claro, antes deberíamos haber definido específicamente a qué nos referimos con *superioridad intelectual* y ser capaces de determinar diferencias entre:

- procesado y relaciones de datos (inteligencia)
- almacenamiento en nuestro HDD (memoria)
- adquisición a través de nuestra interfaz con el mundo físico (sentidos).

Es decir, si fuera factible establecer fuera de toda duda y

controversia que:

- las razas existen
- no todas son iguales intelectualmente.

¿Se realizaría este tipo de investigación? ¿Se subvencionaría con fondos públicos? ¿Podrían participar investigadores africanos, indios, árabes o asiáticos? ¿Nos podríamos llevar una gran sorpresa los blancos (caucásicos indoeuropeos) con las conclusiones? Particularmente, creo que no me llevaría ninguna decepción. No estoy especialmente orgulloso de pertenecer a esta «raza» (si acaso), ni a ningún colectivo determinado. Pero conozco gente que sí lo está.

Incluso aunque individualmente no seamos distintos y que, de haber algún tipo de diferencia, solo se perciba en estructuras sociales (como defiende Wade), quizá el sesgo de confirmación (esto es, solo tener en cuenta aquellos resultados que confirman la hipótesis y despreciar aquellos que la refutan) permitiría que algunos racistas enarbolaran la cuestión haciendo un estandarte de este asunto, amparados en la ciencia.

Hasta ahora hemos hablado de razas; pero, ¿qué pasaría si cambiáramos el objeto de análisis por el del sexo? El dimorfismo sexual es habitual en muchas especies, y la mera diferencia en nuestros caracteres físicos podría entrañar —o no— alguna diferencia en nuestro intelecto. Afortunadamente (?), hasta ahora nadie (que yo sepa) lo ha hecho, ni la ciencia está tan desarrollada como para detectar sutiles diferencias en la media. Pero de poderse, ¿se haría, o tendríamos algún tabú que nos lo impidiera? ¿Acabariamos concluyendo con el tópico «cada uno es inteligente a su manera»? ¿Daría carta blanca al machismo o al hembrismo?



Sergio López Borgoñoz (foto: Xurxo Mariño)

circunstancia así. Pienso que el mejor homenaje que podemos hacer en su recuerdo es seguir trabajando por lo que él estuvo trabajando tantos años.

Sergio amó profundamente la ciencia. Y de entre las ciencias siempre le apasionó la astronomía, el conocimiento del Universo, sobre todo la forma en que lo infinito, lo lejano, lo sorprendente o sobrenatural se convertía en naturaleza, se medía y cartografiaba... Sabía que tan importante como avanzar en el conocimiento era vivir en una sociedad que fuera partícipe de ese avance, que lo pudiera conocer y, así, valorar. En sus trabajos de divulgación, en sus empresas para conseguir nuevos medios para la comunicación científica, desde editar una revista impecable y sorprendente a crear mundos en la cúpula de un planetario, Sergio supo además crear equipos, redes, aprovechar una familia tan poderosa como creativa, y acabó por convencernos a todos de que era posible hablar de ciencia, y de razón; trabajar por una sociedad más libre y más crítica. El camino que nos deja Sergio es amplio, aunque recorrerlo ahora sin él no será tan amable y divertido. Le echamos mucho de menos, aun sabiendo que él nunca se habría permitido desfallecer en una

Javier Armentia